

mesa con avios de escribir, y como el otro la pica al hombro, yo una pluma entre los dedos. De donde ha salido el presente rapsódico somnábulo cartapacio, que,

pidiendo perdón de la cortedad, pasa á besar á usted la mano atenta y rendidamente.

Paris, á 20 de Junio de 1844.

JUAN MARÍA MAURY

## POESÍAS.

### ELEGÍA.

(1804.)

¡Y ya no existe! ¡Ay Dios! ¡Y no me es dado,  
Por tanto afán y religioso anhelo,  
Cuando no oír su voz, ni ver sus ojos,  
Siquiera arrodillado  
Besar el yerto pié, con llanto ardiente  
Bañarle, y reverente  
Adorar sus despojos!  
¡Oh distancia fatal (1), oh tardo pliego!  
¡Qué vale que el aviso  
Me lleve de su mal, y parta luégo,  
Si entonces ¡ay! ya á mi idolo cubria  
Avara tierra fria?  
Tierra vuelvemé; la muerte en vano  
Ajado habrá su rostro venerable;  
Yo haré que mudo hable  
A mi mente fatídica inspirada  
Por el Dios del dolor, y que ella lea  
De un tierno padre en la marchita frente  
Cuál haya sido su postrer idea,  
Si grato en mí pensó. Dejad que vea  
El terrible espectáculo que al punto  
Mi vida ha de acabar; al punto ¡oh dicha!  
Con el que fué mi todo y ya difunto  
Yace, juntadme, oh nùmenes, propicios  
Á mi última plegaria y sacrificios.  
A su lado.... Mas ¡ay! un alma pura,  
Cual la suya eficaz, sublime, ardiente,  
Aquella universal, perenne fuente  
De amor y beneficios,  
Esferas de ventura  
Habitará que á trecho inmenso ponen  
Al que inocencia estéril, buen deseo  
Y pasivo candor tan sólo abonen.  
Generoso mortal, ¡qué noble empleo  
Á esta vida tan parca transitoria  
Tú le supiste dar! En tí volvióse  
El provecho virtud, la industria gloria.  
Tu genio fué la vara  
A cuyo toque el árido peñasco  
Manantiales fructíferos brotara.  
Tu magnánimo espíritu la guía,  
Que hallaba nuevos modos  
De labrar en tu bien el bien de todos.  
Tu próspera fortuna  
Las benéficas naves conducía  
Al Norte helado, y donde muere el día,  
Y también á su cuna;  
Y primeras, ó solas,  
Donde se eclipsa la otomana luna (2)  
Arbolaste banderas españolas.  
¡Naves felices! al ansiado puerto  
Llegaban: ¡cuánto dista  
Mi suerte de la suya!  
Al horrisono mar que surco incierto,  
Ni cabe que imprevisita  
Serenidad la calma restituya,  
Ni abrigo adonde de mis ansias huya.  
Mas tú, que por mi bien tanto anhelaste,  
Al objeto infeliz de tus desvelos

(1) El autor de esta elegía se hallaba en país extranjero cuando recibió la noticia de la enfermedad de su padre, y viniendo á asistirle, en el camino tuvo la de su muerte.  
(2) En los puertos rusos del Mar Negro.

Desde los altos cielos  
Dime si acaso ves; ¡alcanzan, dime,  
Á tu region los ayes exhalados  
Cuando mi pecho congojoso gime?  
¡Se te recuerda allá la infausta suerte  
Que ya me cupo, y mis amargas penas,  
Bien ántes que llegara ¡ay Dios! tu muerte  
El cáliz á colmar; y cuán impía  
Fortuna el fruto de tu afán paterno,  
Que un claro porvenir me prometía,  
De entonces devoró; de un vulgo insano  
Expuesto al discurrir, mi nombre opreso  
Bajo el enorme peso  
De empeños que la ley redime en vano;  
Humillada mi frente,  
Marchita el alma mía,  
Perdida su energía,  
Y acaso la razon que ornó mi mente?....  
En tal abatimiento,  
Enmedio á tanto padecer, exento  
Quedábame siquiera  
El corazón; ¡oh saña! ¡oh Parca fiera!  
Un yermo es la ciudad (3); enferma y triste  
Tu vida ¡ay! no resiste;  
Dispersa vaga tu familia, y miéntas  
Tu pérdida mi pecho despedaza,  
Con otras le amenaza  
Aquel azote asolador; ¡oh cuánto  
Fomento encuentra mi dolor! Conmigo  
Tu llorarás, oh padre y tierno amigo,  
Si los reinos de luz consienten llanto.  
Mas siendo tal mi desventura, y siendo  
Tan reciente la herida  
Que en hiel y sangre el corazón me anega,  
¡Cómo es que infiel sorprende  
Alguna vez mi pena distraída,  
Y mis ojos sin lágrimas? Perdona,  
Oh padre de mi vida.  
De la doliente humanidad ya sea  
Natural condicion buscar su calma,  
Como el agua el nivel, ó ya que al fiero  
Golpe aturdida, atónita mi alma  
Pueda aún dudar: ¡ciega ilusion! El día  
Que al fin con libre entrada  
Penetre en la infelice patria mía,  
Hoy del resto del mundo separada;  
Llegando ¡ay triste! á los paternos lares,  
No aquellos tiernos brazos  
Para estrecharme se abrirán, mi boca  
No encontrará sus manos tutelares.  
¡Adónde está? preguntaré: dolientes  
Muros y gentes, funeral adorno,  
Y silenciosas lágrimas en torno  
Responderán: *Murió*. No más; dejadme:  
Respetad mi dolor; silencio exijo,  
Silencio eterno en mi dolor, y nunca,  
Nunca aspireis á consolar á un hijo.  
¡No piso ya la estancia,  
Donde las horas de quietud, y alguna  
De activa vigilancia,  
Mi digno padre consumir solía,  
Escuchando tal vez bramar las olas?  
De esa luz importuna  
Libradme; en este ya sagrado templo

(3) Málaga.

Conmigo quede y las tinieblas solas.  
¡Lóbrega noche, amiga de la muerte,  
Tu pavoroso horror mi mal divierte!  
Cuando tu adusta majestad contemplo,  
La fantástica idea  
Se goza en las imágenes que crea.  
Mas ¡qué miro? ¡Oh portentoso! Él es; radiantes  
Los negros orbes reconozco, aquellos  
De la espaciosa frente hermosos arcos,  
El rojo labio, y parcos  
Canecientes cabellos,  
Y urbano porte; ¡oh dicha! Él es; tú cres;  
Idolatrada sombra, ¡qué me quieres?  
Si bien al labio falta  
La dulce voz, que en resonar severa,  
De la Deidad el trueno pareciera,  
Á mi agitado espíritu ¡qué dices?  
«Hijo, temple el gemir, un tiempo espera  
De auroras más felices.  
Para consuelo en tu afliccion acerba  
Otro yo mismo el Hado te conserva,  
Otros objetos que tu amor apuren.»  
Sombra consoladora,  
Que por alivio á mi penar señalas  
Esperanza y amor, celestes dones;  
¡Luego áun eres mi amparo! y miéntas duren  
Á la imaginacion sus nobles alas,  
Oh dulce padre mio,  
No todo te perdí. Si algun momento  
Desfallecido el ánimo desmaya,  
O de virtud la senda se me esconde,  
Tú me dirás por dónde  
Quieres que firme vaya;  
Tú alentarás mi corazón. En tanto,  
Grato recibe el fúnebre tributo  
Que la Musa que amaste, envuelta en luto,  
Exhaló flébil, y que en fácil canto  
Vertiendo la expresion de mis afanes,  
Votiva ofrece á tus sagrados manes.

### EL FESTIN DE ALEJANDRO.

Oda en ritmo ditirámico (1).

Era el regio festin que en Persia esclava,  
Por su conquista daba  
El hijo de Filipo arripotente;  
En su trono imperial, con áseo adorno,  
Sus próceres en torno,  
El héroe sobrehumano alza la frente.

Táis al lado de él, lozana rosa,  
Como, á sus nupcias, oriental esposa,  
En flor de juventud esplende hermosa.

¡Copia feliz, feliz, feliz mil veces!  
Solo el valor,  
Solo el valor,  
Solo ¡oh valor! á la beldad mereces.]

En medio al coro armónico  
Subido Timoteo,  
Con tacto volador pulsa la lira:  
La nota ondula trémula,  
Y altísimo recreo  
Al paso de ascender mágica inspira.

Principia en Jove el canto,  
Á quien hizo el Amor (puedelo tanto)  
Dejar los sitios de celeste encanto;  
Y que, dragon mentido, el dios se encorve,  
Y en radiante espiral se alce sublime  
Á Olimpia bella cuando unido imprime  
La imagen de sí mismo un árbitro del orbe.

Se aplaude el canto y más se reverencia:  
De una deidad se entiende la presencia:

(1) Es traducción del poeta inglés J. Dryden. El traductor ha seguido las variedades de versificación que caracterizan el original.  
(Nota del Colector.)

«¡Deidad!», proclama el coro;  
«¡Deidad!», revoca el arte son sonoro.

El rey suspenso  
Bebe el incienso:  
Se goza dios: la sien divina  
Inclina,  
Y estremecer presume el orbe inmenso.

Ensalza ahora el estro numeroso  
Á Baco siempre jóven, siempre hermoso.

Ya viene en su pompa  
El ledo inmortal:  
Que rompa la trompa  
Y el indio atabal.  
Muestra el rostro rubicundo,  
Jubiloso rosicler;  
Tú, por quien celebra el mundo  
El placer que hay en beber.

Que llega, que llega; aliento al obóc:  
Y el coro que loe  
Al ledo inmortal:  
Es de Baco el dón divino;  
Del soldado es dicha el vino:  
Don divino,  
Dulce vino:  
¡Dulce el bien despues del mal!

Baco embravece al bélico mancebo:  
Cuanta batalla dió dála de nuevo:  
Tres veces á los rotos debarata;  
Tres á los muertos mata.

En la encendida frente,  
En la pupila ardiente,  
El frenesí que apunta observa el vate;  
Y miéntas cielo y tierra desafía,  
Cambia armonía  
Él, y su orgullo abate.

«Que musa lastimera»,  
Pensó, «piedad requiera.»  
Dice entonces de Dario,  
Grande y pío,  
Á quien hundén, hundén, hundén,  
Hunden ¡ay! golpes del hado:  
Derrocado  
De áureo trono,  
Y en su sangre revolcado:  
¡Qué abandono!

Nadie, de cuantos régio mantenía,  
Le asiste á su agonía:  
Yace espirado en la desnuda tierra,  
Y ni un adicto el párpado le cierra.

Quedóse el vencedor mirando al suelo  
Con desconsuelo:  
De la fortuna, en su turbada mente,  
Recorre el vário giro:  
Se exhala algun suspiro;  
Brotar el lloro siente.

Sonríe, cierto el gran cantor  
Que cerca está dulce dolor;  
Y al tono acuerda  
Amiga cuerda,  
De la piedad sacando amor.

Blandamente en modo lídio  
Vierte al pecho sed de halago:  
«Es», cantó, «la guerra estrago,  
No acabar; error; fastidio.  
Son vapor gloria, memoria;  
El honor mera quimera,  
La victoria,  
Capitanes,  
¡Qué de afanes!  
Los conoces:  
¡Vale el mundo que lo ganes?

¡Valga, valga que lo goces?  
Has al lado á Táis linda:  
Logra el bien que un dios te brinda.»

Doliente queja revelaba en tanto  
La victoria de amor, obra del canto.  
El príncipe contempla, ansioso, aquella

Autora bella  
De su penar;  
Suspira  
Y mira;  
Suspira y mira;  
Vuelve á mirar  
Y á suspirar:

Y apoyo, ¡oh ninfa! de sí mismo ajeno,  
Vencido el vencedor pide á tu seno.

Suene otra vez la lira de oro;  
Alto; más alto el són canoro:  
Del sueño vil los vínculos quebrante,  
Rompiendo en él cual trueno rebramante,

¡Ay! ya, ya está, despiertos  
Los ojos con espanto revolviendo:  
Cual si de entre los muertos  
Le alzara la cabeza el són tremendo,

«¡Venganza, venganza! su Píndaro clama:  
Las Fúrias acuden, los ojos de llama,  
La crin de culebras; sus silbos oid;  
Tras de ellas de sombras un lívido bando,  
Blandones vibrando;  
Son griegos segados en bárbara lid,

Quedaron insepultos,  
Yaciendo desdorados;  
Vengad tales soldados;  
Vengad tales insultos.

¡No veis indicar los castigos?  
Miradlos tender los hachones,  
Señalando las pérsicas mansiones  
Y los templos de dioses enemigos.»

Aplauden los grandes, el rey los apoya:  
Que empuña una tea con torva alegría;  
Destocada va Táis de guía,  
Al estrago alumbrando la vía,  
Y, á fuer de nueva Elena, incendia nueva Troya.

#### LA RAMILLETERA CIEGA.

Caballeros, aquí vendo rosas;  
Frescas son y fragantes á fe;  
Oigo mucho alabarlas de hermosas:  
Eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala  
Tiene el mundo, ni luz ni color;  
Mas la rosa del cáliz exhala  
Dulce un hálito, aroma de amor.  
Cierra, cierra tu cerco oloroso,  
Tierna flor, y te duele de mí:  
No en quitarme tasado reposo  
Seas cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama;  
Otra dicha negada á mi sér:  
Debe el pecho apagar una llama  
Que no puede en los ojos arder.

Tú, que dicen la flor de las flores,  
Sin igual en fragancia y matiz,  
Tú la vida has vivido de amores,  
Del Favonio halagada feliz.

Caballeros, compradle á la ciega  
Esa flor que podeis admirar:  
La infeliz con su llanto la riega:  
Ojos hay para sólo llorar.

#### LA TIMIDEZ.

##### ROMANCE.

A las márgenes alegres  
Que el Guadalquivir fecunda,  
Y adonde ostenta pomposo  
El orgullo de su cuna,  
Vino Rosalba, sirena  
De los mares que tributan  
A España, entre perlas y oro,  
Peregrinas hermosuras.

Más festiva que las auras,  
Más ligera que la espuma,  
Hermosa como los cielos,  
Gallarda como ninguna,  
Con el hechicero adorno  
De tantas bellezas juntas,  
No hay corazón que no robe,  
Ni quietud que no destruya.

Así Rosalba se goza,  
Mas la que tanto procura  
Avasallar libertades,  
Al cabo empeña la suya.  
Lisardo, joven amable,  
Sobresale entre la turba  
De esclavos que por Rosalba  
Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años  
No bien de la edad adulta  
Acaban de ver cumplida  
La primavera segunda.

Aventajado en ingenio,  
Rico en bienes de fortuna,  
Dichoso, en fin, si supiera  
Que audacias amor indulta.  
Idólatra más que amante,  
Con adoración profunda,  
A Rosalba reverencia,  
Y deidad se la figura.

Un día alcanza otro día,  
Sin que su amor le descubra;  
El respeto le encadena,  
Y ella su respeto culpa.

Bien á Lisardo sus ojos  
Dijeran que más presume;  
Pero él, comedido amante,  
O los huye ó no los busca.

Perdido y desconsolado,  
Una noche en que natura  
A meditación convida  
Con su pompa taciturna,

Mientras el disco mudable,  
En que ceñirse acostumbra,  
Entre celajes de nácar  
Esconde tímida luna;

Al margen del sacro río  
La inocente suerte acusa,  
Y así fatiga los aires  
Con endechas importunas:

«Baja tu vuelo,  
Amor altivo,  
Mira que al cielo  
Osado va;  
Buscas en vano  
Correspondencia,  
Amor insano,  
Déjame ya.

»Déjame el alma  
Que otra vez libre  
Plácida calma  
Vuelva á tener:  
¡Qué digo, necio!  
El cielo sabe  
Si más aprecio  
Mi padecer.

»Gima y padezca,  
Una esperanza  
Sin que merezca  
A mi deidad;  
Sin que le pida

Jamas el premio  
De mi perdida  
Felicidad.

»Tímida boca,  
Nunca le digas  
La pasión loca  
Del corazón,  
Adonde oculto  
Está su templo,  
Y ofrenda y culto  
Lágrimas son.»

Más dijera, pero el llanto,  
En que sus ojos abundan,  
Le interrumpe, y las palabras  
En la garganta se anudan.

Cuando junto á la ribera,  
En un valle donde muchas  
Del árbol grato á Minerva  
Opimas ramas se cruzan,  
Suave cuanto sonora,  
Lisardo otra voz escucha,  
Que, enamorando los ecos,  
Tales acentos modula:

«Prepara el ensayo  
De más atractivos  
La rosa en los vivos  
Albores de Mayo:

»Si al férvido rayo  
Su cáliz expone,  
Que el sol la corone  
En premio ha logrado,  
Y es reina del prado  
Y amor de Dióne.

»¡Oh fuente! En eterno  
Olvido quedarás  
Si no te lanzaras  
Del seno materno;

»Tal vez el invierno  
Tu curso demora,  
Mas tú, vencedora,  
Burlando las nieves,  
A tu impetu debes  
Los besos de Flora.

»Y tú, que en dolores  
Consumes los años,  
Autor de tus daños  
Por vanos temores,

»En pago de amores  
No temas enojos,  
Enjuga los ojos,  
Que el Dios que te hiere  
Más culto no quiere  
Que audacias y arrojos.»

Rayos son estas palabras  
Que al ciego joven alumbran,  
Quien su engaño reconoce  
Y la voz que las pronuncia.

Y al valle se arroja, adonde  
Testigos de su ventura  
Fueron las amigas sombras  
De la noche y selva muda;

Mas muda la selva en vano,  
Y en vano la sombra oscura;  
No sufre orgullosa Venus  
Que sus victorias se encubran.

Lo que celaron los ramos,  
Las cortezas lo divulgan,  
Que en ellas dulces memorias  
Con emblemas perpetúan.

Las Náyades en los troncos  
La fe y amor que se juran  
Leyeron, y ruborosas  
Se volvieron á sus urnas.

#### DIDO.

##### CANTO ÉPICO (1).

##### PROEMIO.

Harto asaltó la tempestad á Enéas:  
Númen sujeto al cetro de Neptuno,

(1) El Colector de estas poesías debe la comunicación del original

Eolo cede y cálmense las olas  
Que, obedeciendo á la implacable Juno,  
Había levantado; empero, solas  
Con siete naves de su flota, arriba  
A firme costa el príncipe troyano;  
Ni de un alto peñón bajel ninguno  
Se alcanza á ver por el undoso llano.

Explorando el país, de Acátos iba  
Acompañado, y una selva entraba,  
Cuando, según creyó, saliendo de ella,  
Se le presenta allí su madre bella.  
De una espartana virgen cazadora  
Es la apariencia: al hombro arco y aljaba,  
Ceñido el seno en túnica sencilla,  
Coturno al pie, desnuda la rodilla:

«¡Habeis, jóvenes, visto, por fortuna,  
De mis amigas, diceles, alguna  
Vestida de una piel de linco, á voces  
Acosar ó seguir con piés veloces  
A un pardo jabalí?» Cíprida dijo.  
Y de Cíprida así responde el hijo:  
«Amiga tuya ni viviente alguno  
Vimos, ¡oh virgen! y de cierto diosa,  
Que ni forma ni voz tienes humana:  
De esta selva tal vez Driada hermosa,  
O ya de Febo la feliz hermana:  
Di (y el incienso nuestro en tus altares  
Arderá repetido), ¡qué lugares,  
Diva, son éstos de la tierra adonde  
Nos trajo la inclemencia de los mares?»

«No me es debido tal honor, responde  
Citerea. Las vírgenes fenicias  
Coturno gastan y carcaj. Venido  
Eres á un reino púnico, y cercano  
Estás á la ciudad que funda Dido,  
Lacual, huyendo de su alevé hermano,  
Aquí de tirios trajo una colonia,  
Y soberana la aclamó su gente;

Su historia contaré sucintamente:  
Hija de Belo, y casi niña, esposa  
Fué del opulentísimo Siqueo,  
Tierno joven que amó cándida. Al trono  
Subió Figmalion, su hermano, reo,  
O ya capaz de cuanto crimen osa  
La codicia feroz. Este al cuñado,  
Mientras un sacrificio en apartado  
Recinto hacia por robarle, impío  
Asesinó. Pudo tener oculto  
Un tiempo el hecho, y á su aflicta hermana  
Entretener con esperanza vana.

Mas en sueños el misero insepulto  
Aparecido á la infeliz, la herida  
Le enseña y el lugar que el fratricida  
Con su sangre regó; también tesoro  
Escondido señala, inmenso en oro,  
Y manda apercibir secreta huida.

Luégo que Dido con horror despierta,  
Y lo soñado ha visto manifiesto,  
La fuga con aquellos se concierta  
Que odian ó temen al tirano, modo  
De apoderarse de la flota, y presto,  
Siendo una joven quien dirige todo,  
Logran huir, llevándose consigo  
Las naves, su tesoro, y gran riqueza  
Juntamente del pérfido enemigo.»

Dijo Cíprida, y volviendo la cabeza,  
Se exhala en derredor lumbre celeste,  
Y del blondo cabello ámbar y rosa;  
Hasta las plantas la cogida veste  
Suelta, y su paso denunció la diosa.  
Luégo á su madre conociendo: «¡Oh cuánto,  
Exclama Enéas, con el hijo tuyo  
Crúel, á par de su enemiga suerte  
Le sueles engañar! ¡Nunca á mi llanto  
Darás asir tu mano, hablarte y verte,  
Sabiendo que eres tú?» La diosa en tanto  
Cerca á los dos con nube que proteja

antógrafo de este poema á la bondad de la Señora Doña Josefa Maury de Fabás, hija del esclarecido poeta. Como verá el lector, constituye la parte principal de esta obra la traducción del canto IV de la *Enéida*. Maury tuvo la feliz idea de añadir un proemio y un epilogo, formando así un poema completo.

Su entrada en la ciudad tiria, y se aleja,  
Regresándose á Páfos, sus amores,  
Donde anidan sus candidas palomas,  
Y en cien aras la sirven con aromas  
Sabeas pastas y fragantes flores.

Hacia el pueblo los dos siguen la via.  
Subidos á una próxima eminencia,  
De donde todo ya se descubria,  
Admiranse de ver tanto edificio  
Levantado ó alzándose, bullicio  
Tan grande, activo, tal magnificencia,  
Donde vieran há poco infimas chozas.  
«¡ Dichosa tú, que de tu afán el pago,  
Exclama Enéas, y tus muros gozas.»  
Dijo, y penetran por la fran Cartago.  
En el templo de Juno, ocultos siempre,  
Entran : aquí la Reina, al atrio interno,  
Del estado naciente en el gobierno  
Viene á providenciar cada mañana.  
Llegaba entónces. Bien como Diana,  
Cuando á la márgen luce del Eurótas  
El coro de sus Driadas devotas,  
Linda, entre todas descollando ufana,  
Y álzase el pecho de Latona, henchido  
De orgullo y gozo; en medio de su córte  
Se muestra así señoreante Dido  
En lozana hermosura y regio porte.

Á poco tiempo que en su trono asienta,  
Enéas ve delante de las gradas  
Los jefes de las naves separadas  
De él por la tempestad, merced rogando;  
Pues en la playa acometidos cuando  
Arribaron, asilo se les niega,  
Con amenaza de incendiar los buques.  
Hionéo, que por todos ruega,  
De aquel rigor se queja con dulzura;  
Invoca los trabajos elocuente  
De los hijos de Troya; la reciente  
Destructor tormenta, y del naufragio  
De su rey la angustiosa conjetura.

La Reina en breves cláusulas responde :  
« De un nuevo estado la defensa á dura  
Ley nos obliga. Como quiera, adonde  
La suerte os trajo descansad seguros :  
Troyanos, disfrutad el puerto y muros.  
De lo que falta os haga, abasteceros  
Mandaré. Partirán hoy mensajeros  
Que de Libia recorran la ribera,  
De vuestro rey en busca : ¡ así le hallen,  
Y con vosotros ojalá viniera.»

Abrese á tales voces de repente  
La nube, y queda Enéas aparente,  
A un Dios olimpico en todo semejante,  
Gracia, figura y pálido semblante;  
Pues á su madre se le dió que influya  
En su belleza la celeste suya.  
Prorrumpe el héroe así : « De ti delante  
Miras al que buscar pia mandarás,  
¡ Grande Reina ! que sola entre inhumanos  
Compadeces los miseros troyanos.»  
La gratitud, el júbilo, á los suyos  
Salvos mirando, prestan á su acento  
Rara energia en términos urbanos.

Dido hermosa, admirada, algun momento  
Calla aún ; ya le habló de esta manera :  
« ¡ Cuál, hijo de los dioses, inclemente  
Hado te arroja á bárbaros países,  
Y persiguió tu vida donde quiera?  
¡ No eres Enéas tú, del frígido Anquises  
El concebido, y cabe el Simóente  
Dado á luz por la diosa de Citera !  
De vuestros tucros frigios descendiente,  
Bien se me acuerda que al sidónio suelo,  
Lanzado Téucro de su patria, vino  
Favorecido por mi padre Belo.  
Aunque enemigo de Ilión, ¿ solia  
La iliaca virtud y bazarria  
Encarecer. De entónces yo de Troya  
He sabido, y tu nombre. ¡ Animo ! Este  
Suelo, Troyanos, ya consuelo os preste :  
No siempre á la Fortuna vi risueña,  
Y el infortunio á socorrer enseña.»

A Enéas lleva Dido á su palacio,  
Donde un banquete espléndido prepara,  
Las salas puestas con grandeza rara.  
Mientras Enéas por su Ascanio envia,  
Y los presentes que destina á Dido:  
Corona de oro mate y pedrería,  
Y cetro igual, que de Ilione han sido,  
La Priámda augusta; un brazaletes  
De rubíes y aljófares; vistosa  
Túnica de hebra azul y oro tejido,  
Y un bordado cendal, labor prolija  
De Leda, en fin, que, inauspicada esposa,  
A Troya trajo su funesta hija;  
Prendas salvadas del incendio. Lleva  
El cargo Acátes y la fausta nueva.

Empero Citerrea recelosa  
De la púnica fe, de alguna idea  
Que trace infausta la saturnia diosa,  
Acuerda que, de Ascanio en vez, Cupido  
Vaya, mudada la figura, y sea  
De los presentes portador; tenido  
Por el dardánio infante, fácil luégo  
En la Reina podrá verter su fuego.  
Que así, prendado el corazón, con fijo  
Afecto y agasajo perseverare,  
Y á par de ella, si cabe, ame á su hijo.  
A Idalia Vénus llévase entre tanto  
Dormido el nieto por celeste encanto,  
Y el trueque deshará, tornando el alba.  
El festin saludó música salva.

En almohadas de vellon y oro  
El centro del banquete ocupa Dido;  
Asienta en cama de especial decoro  
Contigua Enéas; adecuado asunto  
Van ocupando en derredor magnates  
De Troya y de Sidon. Jóvenes ciento  
El plato sirven y las copas llenan.  
Veinte criadas el servicio ordenan  
Adentro, y dan incienso á los Penates.  
Ya, levantando el último cubierto,  
Vinieron los presentes, y á porfía,  
Si celebrados son, más todavía  
Del lindo portador belleza y gracia.  
En contemplarlo misera no sacia  
Dido los ojos. Llegase el mentido  
Ascanio : ella le sube á su regazo,  
Y estrecha al pecho con amante brazo :  
¡ Qué poco sabes, infelice Dido,  
Cuán formidable dios te asedia ! Astuto  
Él á Siqueo aleja de su mente,  
Mientras le infunde la pasión naciente.

El áurea copa del antiguo Belo,  
Destinada á las sacras libaciones,  
La Reina alzando : « ¡ Oh tú, de tierra y cielo  
Supremo Reinador, dice, que impones  
De la hospitalidad las leyes santas,  
Haz que este día á Tirios y Troyanos  
Sea feliz, y su memoria viva  
En larga edad por términos lejanos ! »  
Dijo, y la libación hizo votiva.

Mézclanse Tirio y Frigio, á fuer de hermanos.  
Incauta á grata plática se entrega;  
Al huésped Dido preguntando siempre,  
Y el veneno de amor bebiendo ciega.  
Llega á pedirle al fin que extensamente  
Los casos y catástrofes de Troya  
Y los azares de su vida cuente;  
A cuyo ruego Enéas obediente,  
Relata fiel la memorable historia,  
Donde le cupo merecida gloria.

FIN DEL PROEMIO.

## DIDO.

CANTO.

La Reina triste sin descanso pena :  
Alimentado el fuego en cada vena  
De ella se apoderó. Mucho su mente,  
Mucho recuerda al inclito, al valiente,  
Al bello jóven, y su imagen graba,

Qual sus acentos, en el pecho herido,  
Ni la procura el sueño un breve olvido.  
Los campos Febo apenas alegraba,  
Del polo echando la tiniebla fria,  
Cuando á su hermana la infeliz decia:  
« ¡ Por qué el desvelo atónita me espanta?  
En mi region, ¡ qué huésped, Ana mia !  
¡ Qué gentileza, cuál denuedo, cuánta  
Virtud demuestra ! No lo dudes, hijo  
Es de los dioses que la fama dijo.  
Sangre humilde el temor denota, y fiero,  
¡ Qué de combates acabó su acero !  
Si no fuese en mi pecho ánimo fijo  
A otro ninguno más unir mi suerte,  
Desde el que amé para llorar su muerte;  
Si no me fuese el himeneo odioso,  
A este yerro, tal vez, ceder pudiera.  
Desde la desventura lastimera  
De Siqueo, la sangre de mi esposo,  
Entre sus dioses, por la mano impia  
De mi hermano vertida, no lo niego,  
Quebrantar mi firmeza, el alma mia  
Mover pudo este solo ; ¡ ay ! las señales  
En mi conozo del antiguo fuego.  
Mas, trágueme la tierra, ó Jove mismo  
Arrójeme tronando al negro abismo  
( ¡ Ciego imperio, impia linde, ondas fatales ! ),  
¡ Oh pudor ! ántes que arrollar tus fueros.  
Quien mis amores alcanzó primeros,  
Ese en la noche guárdelos profunda.»  
Dijo y el pecho en lágrimas inunda.

« ¡ Oh tú, más que la luz dulce á tu hermana,  
Elisa hermosa ! », le responde Ana,  
« ¡ Será que, al fin, de madre los amores,  
Y, mística en flor de juventud lozana,  
Del alma Vénus el premiar ignores?  
¡ Piensas que, mientras solitaria afanes,  
De ello se curen los helados Manes?  
¡ Oyeme : desdenaste, y no me admiro,  
Á Yarbas y otros altos pretensores  
Que Africa ilustra, ó califica Tiro ;  
Si repugnaste desamado esposo,  
¡ Contra un afecto pugnarás gustoso ?  
» Contempla dónde estás : ¿ debo decirte  
Cuáles te cerquen bélicas naciones?  
El Nímida, el Getúlio, á las regiones  
Desiertas Barca próximo, y la sirte  
De ampararte incapaz, y harto sabidas,  
¡ Las amenazas de tu hermano olvidas ?  
Los dioses, sí, tu valedora Juno,  
Las frigias proras dirigieron. Piensa,  
Elisa, en tu ventura y gloria inmensa,  
Con los dos pueblos hermanarse en uno.  
Tú congráciate al cielo en sacrificio  
Solemne ; esfuerza el celo hospitalicio.  
Causas de detenerse expresa, abulta :  
Naves que reparar ; ceñudo invierno  
Y lluvioso Oríon, que el cielo oculta.»

Con tales voces el ardido y tierno  
Pecho inflama de amor ; luégo esperanza  
Las dudas vuelve y los respetos lanza.

Al templo á poco entrambas se dirigen.  
Conforme al rito de fenicio origen,  
Á Febo ofrecen, Céres y Liéo  
Recentales, y á Juno la primera,  
Por quien su lazo afirma el himeneo.  
Con ricos dones coronando el ara,  
Dido, empero, hermosísima prepara  
La sacra copa ; riega su ligera  
Mano el testuz de candida novilla,  
Adentro ya siguiendo la cuchilla,  
Consulta las entrañas humcantes ;  
¡ Necio vaticinar ! ¡ Ciegos amantes !  
Aras no son ni votos de provecho :  
Mientras llaga tenaz le mina el pecho,  
Blanda llama le gasta esencia y vida.  
Vaga Dido abrasándose. Demente  
Discurre la ciudad, cual cierva herida  
Por tiro de un pastor rigidamente,  
Entre los bosques de la verde Creta ;  
Que llano y cerros del Dictéo amado  
Salva fugaz, y al misero costado

III. Ps.-XXIII.

Adhiere fija la mortal saeta.  
Por sus almenas, sin cesar rogado,  
Y al regio alcázar al troyano lleva ;  
Ostenta su ciudad, su tirio lujo,  
Y las riquezas que en su fuga trujo ;  
Empero hablando córtase. Renueva  
Siempre el banquete al declinar del día ;  
Pide oír, y otra vez de Troya atiende  
Los infortunios y del labio pende  
Del narrador. Cuando en los cielos guia  
Hacia los mares al sidéreo bando  
Vencida luna, el sueño apadrinando,  
Por la sala desierta, Enéas ido,  
Ella desata el férvido gemido.  
Siempre al ausente, ausente, escucha y mira,  
En los cojines que oprimió ya se echa ;  
Ya al hijo, imagen suya, al seno estrecha,  
¡ Á la improba pasión dulce mentira !  
Cesan las torres de subir ; de Marte  
Deja la juventud los ejercicios ;  
Defensa al puerto, al muro baliarte  
Van á faltar ; á urgentes edificios  
No se da fin. Las máquinas (del arte  
Prodigio colosal) sobran. Empero  
Como de Jove la consorte vea  
Mengua tanta, dolor tan lastimero,  
Estas voces dirige á Citerrea :

« ¡ Cierito, á la gloria tuya y del artero  
Hijo tuyo altos méritos añades !  
¡ Vencida una mujer por dos deidades !  
De mi noble Cartago cuántos celos  
Desde luégo tuviste era sabido :  
Entre las dos no acabarán los duelos  
Nunca ? ¡ No vale más de lo que haces  
Que un himeneo, en fin, selle las paces ?  
Ya cuanto descaste has conseguido :  
Arde en los huesos la infelice Dido.  
Rija ambos pueblos, junta con la mia  
Tu ley : mi tiria de tu frigio esposa ;  
Sus tirios dote que á tu mano fia.»

Á cuya oferta la ciprina diosa  
Sagaz responde, conociendo el dolo,  
Y que el reino de Italia intenta solo  
Juno impedir, cediendo el africano :  
« ¡ Quién tan demente que lidiar prenera  
Contigo, ó tal propuesta oyera en vano ?  
Por mi parte, ¡ ojalá posible fuera !  
Empero dudo que agregarse en un  
Las dos naciones, y en igual fortuna  
Las dos coronas Júpiter lo quiera.  
Eres su esposa ; tuyo con el ruego  
Vencer ; procede ; seguiré.»—« Cuidado  
Mio será ; mas oye desde luégo,  
Contesta Juno, « lo que ya trazado  
Tengo. Mañana, cuando en lumbre leve  
La aurora, amaneciendo, el aire envuelva,  
La amante Dido con Enéas debe  
Salir á caza ; al punto que en la selva  
Internados estén, nublado horrendo  
Lluvia y granizo arrojará, rompiendo  
Con trueno aterrador ; de noche obscura  
Cercado el cielo, cada cual abrigo,  
Huyendo, buscará por la espesura ;  
La misma gruta al príncipe troyano  
Y á Dido ha de acoger ; yo de antemano  
Allí ; si ya contar puedo contigo,  
Himeneo vendrá mandado ; quiero  
Hacerla vuestra en lazo duradero.»  
Concede Vénus con falaz sonrisa.  
El alba en tanto apenas se divisa,  
Quitando lustre al candido lucero,  
Cuando selecta juventud salvaba  
Allá las puertas. No se olvida aljaba  
Ni red, lanza ni dardo. Acuden fieles  
Los jimetes Masilios ; de lebreles  
Sigue la tropa. D soberbia lleno,  
El regio palafren, púrpura y oro  
Luciendo, tasca el espumante freno.  
Arriba Grandes, inclito decoro  
Del trono, esperan ; sale, en fin, lozana  
De juventud, la bella soberana.  
Clámide asiria, en péscico bordado

12